

Una hora con
George Müller

El hombre de fe a quien Dios dio millones



EDITED BY A. SIMS

UNA HORA CON GEORGE MUELLER

Contenido

La vida y obra de George Mueller	11
Respuestas a oraciones.....	12
Fe verdadera por George Mueller	19

Apéndice

<i>A: Cinco condiciones de la oración que prevalece.....</i>	<i>23</i>
--	-----------

<i>B: La lectura cuidadosa y consecutiva de las Sagradas Escrituras</i>	<i>24</i>
---	-----------

<i>C: Cómo determine la voluntad de Dios</i>	<i>28</i>
--	-----------

© Copyright 2009 Chapel Library. Impreso en los EE.UU. Se otorga permiso expreso para reproducir este material por cualquier medio, siempre que

- 1) no se cobre más que un monto nominal por el costo de la duplicación
- 2) se incluya esta nota de copyright y todo el texto que aparece en esta página.

A menos que se indique de otra manera, las citas bíblicas fueron tomadas de la Santa Biblia, Reina-Valera 1960. En los Estados Unidos y en Canadá para recibir ejemplares adicionales de este folleto u otros materiales cristocéntricos, por favor póngase en contacto con:

CHAPEL LIBRARY
2603 West Wright Street
Pensacola, Florida 32505 USA

chapel@mountzion.org • www.ChapelLibrary.org

En otros países, por favor contacte a uno de nuestros distribuidores internacionales listado en nuestro sitio de Internet, o baje nuestro material desde cualquier parte del mundo sin cargo alguno:
www.chapellibrary.org.

UNA HORA CON GEORGE MUELLER

El hombre de fe a quien Dios dio millones

El pastor Charles R. Parsons describe una hora de entrevista con George Mueller hacia el final de su vida:

Un caluroso día de verano caminaba yo lentamente cuesta arriba en medio de una de las umbrosas arboledas de Ashley Hill, Bristol. En la cima, mi mirada se detuvo en los inmensos edificios que refugian a más de dos mil huérfanos, construidos por un hombre que ha dado al mundo la lección objetiva de fe más impresionante que jamás se haya visto.

La primera casa estaba a la derecha, y allí entre su propia gente, en habitaciones simples, sin pretensiones, vivía el piadoso patriarca George Mueller. Pasando por el portón, me detuve un momento para mirar la Casa No. 3, una de las tres edificadas a un costo de \$600.000.

Al llamar a la puerta, me atendió un huérfano quien me guió subiendo una alta escalera de piedra a una de las habitaciones privadas del venerable fundador de aquella gran institución. De pie ante su presencia, me embargó un sentido de veneración. “Delante de las canas te levantarás, y honrarás el rostro del anciano” (Lev. 19:32).

Me recibió con un cordial apretón de mano y me dio la bienvenida. Una cosa es meramente ver al hombre por medio de quien Dios ha realizado una obra maravillosa: muy otra es escuchar las inflexiones de su voz; y mayor que estas dos es el privilegio de tener un contacto inmediato con su espíritu y sentir el cálido aliento de su alma adentrándose en nuestra propia alma.

La comunión de aquella hora ha quedado grabada en mi memoria para toda la vida. Este siervo del Altísimo me abrió su corazón, me aconsejó, oró conmigo y me dio su bendición.

En aquella hora, el origen del gran poder espiritual de George Mueller se manifestó claramente. El santo anciano con todas sus facultades intactas, fue elocuente todo el tiempo sobre un tema: la alabanza de Jehová, el gran Oyente y Contestador de las oraciones de su pueblo. Mis propias palabras fueron pocas.

—Sr. Mueller, ¿ha encontrado al Señor siempre fiel a sus promesas?

—¡Siempre! ¡Nunca me ha fallado! Durante casi setenta años cada necesidad en conexión con esta obra ha sido llenada. Los huérfanos, desde el principio hasta ahora, suman nueve mil quinientos, pero nunca les ha faltado ni una comida. Cientos de veces hemos iniciado el día sin un centavo, pero nuestro Padre celestial ha enviado el sustento en el preciso momento cuando se necesitaba. Nunca sucedió que nos faltara una comida saludable. Durante todos estos años he recibido el poder de confiar sólo en el Dios viviente. En respuesta a la oración, me han enviado hasta \$7.500.000. Hemos necesitado hasta \$200.000 por año, y todo ha llegado cuando se necesitaba. Nadie puede decir que jamás le haya pedido ni un centavo. No tenemos comisiones, ni recolectores, ni votaciones ni inversiones. Todo ha llegado en respuesta a la oración de fe. Dios tiene muchas maneras de conmovier

el corazón de los hombres de todo el mundo para que nos ayuden. Mientras yo oro, el Señor habla a uno o a otro en este o aquel continente para que nos envíe ayuda. Apenas la otra noche, mientras yo predicaba, un caballero escribió un cheque por una elevada suma de dinero y me lo entregó al terminar el culto.

—He leído su biografía, Sr. Mueller, y he notado cómo a veces su fe ha pasado por grandes pruebas. ¿Está pasando por alguna ahora?

—Mi fe sigue siendo probada tanto como siempre, y mis dificultades son mayores que nunca. Además de nuestras obligaciones financieras, constantemente tenemos que encontrar ayudantes apropiados, y ubicaciones apropiadas para los cientos de huérfanos que constantemente salen de aquí. Además, con frecuencia nos vamos quedando con pocos fondos. Apenas la otra semana, casi habíamos agotado nuestras provisiones. Junté a mis queridos ayudantes y les dije: “¡Oren, hermanos, oren!” Inmediatamente alguien nos envió quinientos dólares, luego mil, y en pocos días llegaron siete mil quinientos. Pero siempre tenemos que estar orando, siempre creyendo. Oh, es bueno confiar en el Dios viviente, quien ha dicho: “No te desampararé, ni te dejaré” (Heb. 13:5). Espere grandes cosas de Dios, y grandes cosas tendrá. No hay límite a lo que él puede hacer. ¡Alabanzas por siempre a su glorioso nombre! ¡Alábele por todo! Lo he alabado muchas veces cuando me ha enviado diez centavos, y lo he alabado cuando me ha enviado sesenta mil dólares.

—¿Supongo que nunca ha considerado tener un fondo de reserva?

—Hacerlo sería un acto muy necio. ¿Cómo podría yo orar si tuviera una reserva? Dios diría: “Saca esas reservas, George Mueller.” Oh no, nunca se me ocurrió tal cosa. Nuestro fondo de reserva se encuentra en el Cielo.

El Dios viviente es nuestra suficiencia. He confiado en él para que me dé un dolar, he confiado en él para que me dé miles, y nunca he confiado en él en vano. “Dichoso el hombre que confiará en él” (Sal. 34:8).

—¿Y por supuesto nunca ha pensado usted en ahorrar dinero para usted mismo?

No olvidaré fácilmente ni pronto el porte digno con que me contestó este poderoso hombre de fe. Hasta entonces había estado sentado frente a mí con sus rodillas cerca de las mías, sus manos juntas, sus ojos expresando un espíritu tranquilo, quieto, meditativo. La mayor parte del tiempo había permanecido inclinado hacia adelante, con su mirada en el suelo. Pero ahora se sentó derecho, y durante un momento me estudió el rostro, con un fervor que pareció penetrarme el alma. Había una grandeza y majestuosidad en esos ojos que no habían perdido su luz, tan acostumbrados a visiones espirituales y a sondear las cosas profundas de Dios. No sé si la pregunta le sonó sórdida, o si había tocado un remanente del “antiguo yo” al cual alude en sus discursos. Sea como fuere, no había en él ni una sombra de duda en todo su ser. Después de una breve pausa, durante la cual su rostro fue un sermón en sí y la profundidad de sus ojos claros flameaban, se desabotonó el saco y sacó de su bolsillo una cartera anticuada con aros en el medio separando los tipos de monedas. Poniéndola en mis manos dijo quietamente:

—Todo lo que poseo está en esa cartera, ¡hasta el último centavo! ¿Ahorrar algo para mí mismo? ¡Nunca! Cuando me envían dinero para mi uso personal, se lo paso a Dios. He recibido hasta cinco mil dólares a la vez para mi uso personal; pero no considero que tales obsequios me pertenezcan a mí. Le pertenecen a él, a quien yo pertenezco y a quien sirvo. ¿Ahorrar algo para mí mismo? No me atrevo a ahorrar; sería deshonar a mi Padre amante, generoso, dadivoso hasta el extremo.

Le devolví la cartera al Sr. Mueller. Me dijo la suma que contenía, y lo que él mismo había dado al Orfanato y a la Institución para el Conocimiento Bíblico. Pero no estoy en libertad de divulgar estas cuestiones, ni tampoco algunas otras.

El rostro de este anciano fiel brillaba con un entusiasmo santo al relatarme algunos de los incidentes relacionados con sus viajes de predicación a cuarenta y dos países* y cómo, al viajar de un lugar a otro –algunas veces a miles de millas de distancia– cada una de sus necesidades había sido suplida. Cientos de miles de hombres y mujeres de casi todas las naciones habían acudido a oírle, y sus grandes temas eran el sencillo mensaje de salvación y animar a los creyentes a confiar en el Dios viviente. Me contó que oraba más por sus sermones que por cualquier otra cosa y que muchas veces, aunque había estado orando toda la semana, no le era dado el texto hasta haber subido los escalones al púlpito.

Le pregunté si pasaba mucho tiempo de rodillas.

–Varias horas todos los días. Pero vivo en espíritu de oración; oro al caminar, oro al acostarme y cuando me levanto. Y las respuestas siempre siguen llegando. Mis oraciones han sido contestadas decenas de miles de veces. En cuanto estoy persuadido de que algo es correcto, sigo orando hasta que llega la respuesta. ¡Nunca me doy por vencido!

Estas palabras fueron dichas en un tono jubiloso. Había en ellas una nota de triunfo, y su rostro brillaba con un gozo santo. Se había levantado de su asiento al decirlas, y caminó hacia un costado de la mesa.

–En respuesta a mis oraciones, miles de almas han sido salvas, –continuó–. Me encontraré con decenas de miles de ellas en el cielo.

Hubo otra pausa. Yo guardé silencio, y él continuó:

—Lo más importante y principal es no darse por vencido hasta que llegue la respuesta. Hace cincuenta y dos años que oro por dos hombres, hijos de un amigo de mi juventud. Todavía no se han convertido, ¡pero lo harán! ¿Cómo puede ser de otra manera? Está la promesa sin cambios de Jehová, y en eso confío. La falla grande de los hijos de Dios es que no siguen en oración; no siguen orando; no perseveran. Si anhelan algo para la gloria de Dios, deben orar hasta que lo consiguen.

Continuó diciendo:

—¡Oh, qué bueno, amable, generoso y condescendiente es Aquel con quien tenemos que tratar! ¡Me ha dado a mí, indigno como soy, muchísimo más de lo que he pedido o imaginado! Soy sólo un pobre hombre frágil, pecador, pero él ha escuchando mis oraciones decenas de miles de veces y me ha utilizado como el medio para conducir a decenas de miles de almas al camino de la verdad en ésta y otras tierras. Estos labios indignos han proclamado la salvación a grandes multitudes, y muchos han creído para vida eterna.

Le pregunté al Sr. Mueller si cuando había empezado su trabajo tenía idea de cuánto crecería. Después de contarme de sus comienzos en la calle Wilson, contestó:

—Sólo sabía que Dios estaba en ello y que guiaba a su hijo por sendas que nunca habían sido transitadas. La seguridad de su presencia era mi porción.

—No puedo dejar de notar la manera como usted habla de usted mismo, —le dije, consciente de que me estaba acercando a un tema sensible, sagrado y muy relacionado con sus sentimientos espirituales más profundos y con su relación personal con Dios, y casi me arrepentí en cuanto dije esas palabras. Aplacó mis temores exclamando:

—¡Una sola cosa merezco, y esa es el infierno! Le aseguro, mi hermano, que eso es lo único que merezco. Por

naturaleza soy un perdido, pero soy un pecador salvado por la gracia de Dios. Aunque pecador por naturaleza, no vivo en el pecado. Odio el pecado; lo odio más y más y amo más y más la santidad.

–Supongo que a través de todos estos largos años en su obra para Dios, se ha visto frente a muchas cosas que lo han desanimado, –dije.

–Me he visto frente a muchos desalientos, pero en cada circunstancia he confiado en Dios, –fue su respuesta–. ¡Mi alma descansaba en las palabras de promesa de Jehová! ¡Oh, es bueno confiar en él; su Palabra nunca vuelve a nosotros vacía! “El da fuerza al cansado, y multiplica las fuerzas al que no tiene ningunas” (Isaías 40:29). Esto se aplica también a mis obras públicas. Hace sesenta y dos años prediqué un sermón deficiente, seco, infructuoso que no me fue de consuelo a mí y, según me imaginaba, de ningún consuelo para los demás. Pero mucho tiempo después tuve noticias de diecinueve casos diferentes de bendiciones como resultado de aquel sermón.

Le conté algunas de las cosas que a mí me desalentaban, y le expresé la esperanza de ser utilizado por Dios más que nunca.

–Y será usted utilizado por Dios, mi hermano, –exclamó–. ¡Dios mismo lo bendecirá! ¡Siga trabajando!

–¿Me permite pedirle que me dé una palabra especial de consejo en cuanto a mi propia obra para Dios, –le pregunté–, a fin de que pueda compartirla con otros obreros cristianos en el inmenso campo de la mies de las almas?

–Procure depender enteramente de Dios para todo, –contestó–. Póngase usted mismo y ponga su obra en sus manos. Cuando piense en alguna nueva empresa, pregunte: ¿Es esto acepto a la mente de Dios? ¿Es para su gloria? Si no es para su gloria, no es para el bien de us-

ted, y no debe tener nada que ver con ello. ¡Obedezca eso! Habiendo decidido que cierto curso de acción es para la gloria de Dios, inícielo en su nombre y siga constante hasta el fin. ¡Empréndalo en oración y fe, y nunca se dé por vencido!

Continuó diciendo:

—Y no guarde iniquidad en su corazón. Si lo hace, el Señor no le escuchará. Recuerde siempre esto. Luego confíe en el Señor. Dependá de él únicamente. Espere en él. Crea en él. Espere grandes cosas de él. No se desanime si la bendición se demora. Y, sobre todo, confíe sólo en los méritos de nuestro adorable Señor y Salvador, a fin de que, de acuerdo con ellos y no por nada suyo propio, las oraciones que eleve y la obra que haga sean aceptadas.

Permanecí en silencio. ¿Qué podía decir? Mis ojos estaban llenos de lágrimas, y mi corazón parecía estallar y, además —se creó un ambiente tal que nadie se atreviera a moverse. Sólo se percibía el amor del cielo.

Desde otra habitación, el Sr. Mueller buscó un ejemplar de su biografía, en el que inscribió mi nombre. Su ausencia me dio la oportunidad de mirar a mi alrededor. Los muebles eran de lo más sencillos, prácticos y en armonía con el hombre de Dios que me había estado hablando. Es un noble principio de George Mueller, que no es apropiado que los hijos de Dios sean ostentosos en su estilo, porte, ropa o manera de vivir. Cree que lo caro y lujoso no es apropiado en los que son discípulos profesos de Aquel que fue humilde y se humilló a lo sumo y que no tenía dónde recostar su cabeza. Sobre un escritorio se encontraba una Biblia abierta, de letra grande sin notas ni referencias.

Ésta, pensé, es la morada del hombre más poderoso, espiritualmente hablando, de la época moderna —un hombre levantado especialmente para mostrar a una

generación fría, calculadora, egoísta, las realidades de las cosas de Dios y para enseñar a la Iglesia cuánto poder podría tener si sólo fuera lo suficientemente sabia como para tomarse del brazo omnipotente de Dios.

Había estado una hora entera con este príncipe de oración, y sólo una vez había llamado alguien a su puerta. La abrió el Sr. Mueller, y allí estaba de pie una de sus huérfanas —una de la familia más grande de la tierra— una niñita de cabello rubio.

—Querida, —le dijo él—, no te puedo atender ahora. Espera un poquito y te atenderé.

Así tuve el privilegio de gozar sin interrupciones de este hombre de fe, de este vencedor con Dios, este viajero que ya lleva noventa y un años de duro peregrinaje por la vida —un hombre que, al igual que Moisés, habla con Dios como un hombre habla con su amigo. Para mí fue una de las horas del Cielo bajadas a la tierra.

Su oración fue breve y sencilla. Poniéndose de rodillas, dijo:

—¡Oh Señor, mira ahora a éste tu querido siervo y bendícelo más y más, más y más, más y más! ¡Y guía con tu gracia su pluma en lo que escribirá en cuanto a ésta tu obra y nuestra conversación de hoy! Te lo pido por los méritos de tu querido Hijo, nuestro Señor y Salvador Jesucristo. ¡Amén!

La vida y obra de George Mueller

El autor de la entrevista descrita ofrece los siguientes particulares referentes a la vida de George Mueller:

El fundador del Orfanato Ashley Down, en Bristol, Inglaterra, nació en Prusia el 17 de septiembre de 1805. En su juventud, vivió una vida sin Dios, pero a la edad de veintiún años se convirtió súbitamente a Dios estando en una reunión de oración en la casa de un consagrado

hombre de negocios. Poco después vino a Inglaterra, sin cartas de presentación, sin dinero, sin nombre, sin recomendaciones y con un conocimiento muy deficiente del idioma inglés. ¿Qué, entonces, trajo consigo? Trajo consigo a Dios. Poco después de haber arribado, escribió en su diario: “Mi vida entera será un servicio para el Dios viviente.” Sus principios estaban profundamente enraizados en las Sagradas Escrituras, y se aferró a ellos durante toda su larga vida. Nunca le pidió ayuda a nadie y nunca insinuó que necesitara ayuda. Exclusivamente en respuesta a las oraciones de fe, recibió más de un millón y medio de libras esterlinas (7.500.000 dólares) para la construcción y el mantenimiento del “Orfanato de Dios”, para sus empresas misioneras y para la distribución de las Escrituras.

En el orfanato, conocido como “sus hogares”, fueron acogidos, capacitados, educados y enviados a vivir su vida, decenas de miles de huérfanos indigentes

En su ancianidad viajó casi doscientas mil millas en cuarenta y dos países, predicando el Evangelio a tres millones de oyentes.

Habiendo servido a Dios en su época y generación, su espíritu, como el de Moisés, fue llevado por Jehová, encontrándose solo en su habitación, temprano en la mañana del 10 de marzo de 1898. Tenía noventa y tres años.

“Vida te demandó, y dístele largura de días por siglos y siglos” (Sal. 21:4).

Respuestas a oraciones

A continuación incluimos algunas de las muchas respuestas extraordinarias a las oraciones que George Mueller recibió durante su vida rica en experiencias, tal como las narró él mismo.

Junio 13, 1853—Ahora estábamos muy pobres. No en deuda, ni siquiera totalmente sin dinero; todavía contábamos con sesenta dólares; pero había que comprar harina, la cual generalmente compramos diez bolsas a la vez; cuatro mil doscientas libras de avena, cuatrocientas libras de jabón. Se estaban llevando a cabo muchas pequeñas reparaciones en la casa, habiendo empleado a una cantidad de obreros, además de los gastos regulares de unos \$280 por semana. Aparte de todo esto, anteayer sábado, me encontré con que el aparato para dar calor necesitaba ser reparado lo cual, muy probablemente, costaría \$100. Era pues deseable, humanamente hablando, contar con \$500 para estos serios gastos extra.

Pero no tenía ninguna perspectiva, humanamente hablando, de recibir ni siquiera doscientos centavos — mucho menos \$500. Además de esto, hoy era lunes cuando por lo general las entradas son pequeñas. Pero al caminar a la casa del Orfanato esta mañana, y orando al caminar, le dije específicamente al Señor en oración, que en este día, aunque era lunes, él me podía mandar mucho. Y así fue, recibí esta mañana \$1.500 para el servicio del Señor, para ser usado donde más se necesitara. Me es imposible describir mi gozo. Caminé de arriba para abajo en mi habitación por mucho rato, derramando copiosas lágrimas de gozo y gratitud al Señor, alabando y magnificando al Señor por su bondad, y entregándome nuevamente a él, con todo mi corazón por la bendición de su ayuda. Pocas veces he sentido más profundamente la bondad del Señor en ayudarme.

Sept. 30, 1868—De Yorkshire \$250. Recibí también hoy \$5.000 para la obra del Señor en China. Digno de notar especialmente es que hace meses que tengo el anhelo profundo de hacer más por la obra misionera en China, y ya había tomado pasos para cumplir mi anhelo cuando llegó esta donación. Esta valiosísima respuesta a

la oración pidiendo recursos debe ser de aliento particular para todos los que realizan la obra del Señor y que pueden necesitar recursos para ella. Prueba, una vez más, que si nuestra obra es la obra de él y si lo honramos esperando en él y dependiendo de él para obtener los recursos, él, con toda seguridad a su tiempo los otorgará.

El gozo que las respuestas a la oración da, no puede describirse, y el ímpetu que da a la vida espiritual es sumamente grande. Deseo la experiencia de esta felicidad para todos mis lectores cristianos. Si usted realmente cree en el Señor Jesús para que salve su alma; si vive rectamente y no guarda iniquidad en su corazón; si sigue esperando pacientemente y cree en Dios, de seguro que sus oraciones recibirán respuesta. Quizá no sea llamado a servir al Señor de la misma manera que un servidor, y por lo tanto probablemente nunca reciba respuestas con respecto a cosas como las que aquí se registran; pero en sus diversas circunstancias, su familia, su negocio, su profesión, sus actividades en la iglesia, sus labores para el Señor, usted puede recibir respuestas tan definitivas como las que aquí describo.

Sept. 4, 1869—¡Sólo tenía un centavo en mis manos esta mañana! ¡Piénselo, querido lector! ¡Apenas un centavo al comenzar el día! Piense en esto, y piense en casi mil cuatrocientas personas que mantener. Ustedes, hermanos pobres, que tienen seis u ocho hijos y sueldos bajos, piensen en esto; y ustedes, mis hermanos que no son de las clases obreras pero que cuentan con recursos muy limitados, ¡piensen en esto! ¿No pueden hacer lo que hacemos nosotros, ante sus dificultades? ¿Acaso el Señor los ama a ustedes menos de lo que nos ama a nosotros? ¿Acaso no ama a sus hijos con no menos amor del que ama a su Hijo unigénito según Juan 17:20-23? ¿O somos nosotros mejores que ustedes...? Bien, veamos,

entonces, cómo Dios ayudó aquella mañana cuando me quedaba sólo un centavo en las manos.

Poco después de las nueve, recibí \$5,00 de una hermana en el Señor, quien no quiere que se mencione el lugar donde vive. Entre las diez y las once llegó la bolsa del Orfanato, con una nota que decía que necesitaban casi \$6,00 para este día. Apenas había terminado de leer esto cuando se detuvo un carruaje frente a mi casa, y fue anunciado un caballero del vecindario de Manchester. Descubrí que era un creyente que había venido a Bristol por asuntos de negocios. Había oído hablar del Orfanato, y expresó su sorpresa de que sin un sistema regular de colectas, y sin pedirle a nadie, simplemente por fe y oración, obtenía yo más de \$10.000 anuales para la obra del Señor encomendada a mis manos. Este hermano, a quien nunca había visto antes, me dio \$10.00, como una muestra de lo que yo le había afirmado.

Julio 28, 1874—Me ha parecido durante meses, como si el Señor, en su trato con nosotros, ha querido volvernos al estado de cosas en que nos encontramos por más de diez años, desde agosto de 1838 hasta abril de 1849, cuando día tras días, casi sin interrupción, teníamos que confiar en él para suplir nuestras necesidades día a día, y gran parte del tiempo, depender de él de una comida a otra. Las dificultades me parecían muy grandes, ya que la institución es veinte veces más grande de lo que era entonces, y nuestras compras tienen que hacerse al por mayor; pero al mismo tiempo, me siento confortado sabiendo que Dios tiene conocimiento de esto, y que si este camino es para la gloria de su nombre y para el bien de su iglesia y el mundo inconverso, estoy, por su gracia, dispuesto a ir por este camino, y de seguir en él hasta el final de mi vida. Los fondos se gastan rápidamente; pero Dios, nuestro Tesorero infinitamente rico, permanece con nosotros. Esto es lo que me da paz.

Si le place a él, con una obra que requiere \$222.000 por año, obligarme a hacer nuevamente en el ocaso de mi vida lo que hice desde agosto de 1838 hasta abril de 1849, no sólo estoy preparado para ello, sino que con gusto pasaría nuevamente todas estas pruebas de fe relacionadas con los recursos económicos, con tal que sea él glorificado y su iglesia y el mundo sean beneficiados. Muchas veces este último pensamiento me ha venido a la mente, y he sido puesto en la posición de no tener ya recursos, y dos mil cien personas no sólo a la mesa, pero también necesitando que se les provea todo lo demás, y todos los fondos se han acabado; ciento ochenta y nueve misioneros que hay que ayudar, y nada queda para hacerlo; unas cien escuelas con unos mil estudiantes para ser sostenidos totalmente, y no tener medios con qué hacerlo; unos cuatro millones de tratados y decenas de miles de ejemplares de las Sagradas Escrituras deben ser despachados anualmente, y todo el dinero ha sido gastado. No obstante, invariablemente, al verme ante esta alternativa, me he dicho a mí mismo: Dios, quien levantó esta obra por mi intermedio, Dios quien me ha guiado generosamente año tras año para que la ampliara, Dios quien ha sostenido esta obra por más de cuarenta años, me seguirá ayudando y no dejará que sea yo confundido; porque confío en él le entrego toda la obra a él, y él me proveerá lo que necesito también en el futuro, aunque no sé de dónde vendrán los medios.

Samuel Chadwick, en su libro sumamente inspirador: *The Path of Prayer* (La senda de oración), relata acerca de cierta ocasión cuando el Dr. A. T. Pierson era huésped de George Mueller en su orfanato. Dice: “Una noche, cuando todos se habían retirado a dormir, él [Mueller] le pidió a Pierson que lo acompañara en oración. Le contó que no había absolutamente nada en la casa para el desayuno de la mañana siguiente. Mi amigo trató de regañarlo y de recordarle que todos los negocios estaban cerrados. Mueller sabía todo eso. Oró como

siempre oraba, y nunca le contó a nadie sus necesidades, sino sólo a Dios. Oraron –por lo menos Mueller oró– y Pierson trató de hacerlo. Se acostaron y durmieron, y a la hora usual del desayuno había comida en abundancia para dos mil niños. Esta anécdota fue contada la mañana siguiente a Simón Short, de Bristol, haciéndole prometer que la guardaría en secreto hasta que el benefactor falleciera. Sus detalles son emocionantes, pero lo único que necesitamos relatar aquí es que el Señor lo llamó para que se levantara de la cama en el medio de la noche y enviara comida para el desayuno al orfanato de Mueller. Sin saber nada de la necesidad, o de que dos hombres oraban, envió provisiones que les durarían un mes. Así es como obra el Señor Dios de Elías, y más aún como obra el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo.”

Charles Inglis, el reconocido evangelista, relata el siguiente extraordinario incidente:

“Cuando vine a América por primera vez treinta años atrás, crucé el Atlántico con el capitán de un barco que era uno de los hombres más consagrados que he conocido; y cuando pasábamos por las costas de Terranova, me dijo: ‘Sr. Inglis, la última vez que pasé por aquí, hace cinco semanas, sucedió una de las cosas más extraordinarias que ha revolucionado completamente toda mi vida cristiana. Hasta entonces había sido un cristiano como muchos. Teníamos a bordo un hombre de Dios, George Mueller, de Bristol. Yo había estado en el puente veintidós horas seguidas cuando alguien me sorprendió dándome unos golpecitos en el hombro. Era George Mueller.

“–Capitán, –dijo–, he venido a decirle que tengo que estar en Quebec el sábado a la tarde.

“Era el miércoles.

“–Es imposible, –respondí.

“–Muy bien, si su barco no me puede llevar, Dios encontrará otro medio de locomoción que me lleve. En

cincuenta y siete años jamás he faltado a un compromiso.

“—Me gustaría ayudarle, pero ¿cómo? no puedo.

“—Bajemos a la cabina y oremos, —dijo.

“Lo miré y pensé: ‘¿De qué asilo de locos habrá salido este hombre? Nunca he oído semejante cosa.’

“—Sr Mueller, —le dije—, ¿sabe usted lo densa que está la niebla?

“—No, —respondió—, no tengo mi vista puesta en la densidad de la niebla, sino en el Dios viviente quien controla cada circunstancia de mi vida.

“Cayó de rodillas, y oró una oración de las más simples. Yo pensé: ‘Esta oración sería adecuada para una clase de niños, donde los niños no tuvieran más de ocho o nueve años.’ Su oración fue algo así:

“—Oh, Señor, si está dentro de voluntad, quita esta niebla en cinco minutos. Tú sabes el compromiso que hiciste para mí en Quebec para el sábado. Yo creo que es tu voluntad.

“Cuando terminó, iba a orar yo, pero él me puso la mano en el hombro, y me dijo que no orara.

“—En primer lugar, —dijo—, usted no cree que Dios lo haga; y, en segundo lugar, yo creo que ya lo ha hecho. Y no hay ninguna necesidad de que usted ore sobre esto.

“Lo miré, y George Mueller dijo lo siguiente:

“—Capitán, he conocido a mi Señor por cincuenta y siete años y no ha habido ni un día cuando no consiguiera una audiencia con el Rey. Levántese, capitán, y abra la puerta, y verá que la niebla ha desaparecido.

“Me levanté y, efectivamente, la niebla había desaparecido. El sábado a la tarde George Mueller estaba en Quebec.”

Fe verdadera por George Mueller

“Es pues la fe la sustancia de las cosas que se esperan, la demostración de las cosas que no se ven... Por la fe entendemos haber sido compuestos los siglos por la palabra de Dios, siendo hecho lo que se ve, de lo que no se veía” –HEBREOS 11:1, 3.

Primero: ¿Qué es fe? Contesto en la forma más sencilla que puedo expresarlo: Fe es la seguridad de que lo que Dios ha dicho en su Palabra es verdad, y que Dios actuará de acuerdo con lo que ha dicho en su Palabra. Esta seguridad, esta dependencia de la Palabra de Dios, esta confianza, es fe.

Las impresiones no deben tomarse en cuenta para relacionarlas con la fe. Las impresiones no tienen nada que ver con la fe. La fe tiene que ver con la Palabra de Dios. No son las impresiones, fuertes o débiles, las que tendrán un impacto sobre nuestra vida.

Tenemos que considerar la Palabra escrita y no a nosotros mismos ni a nuestras impresiones.

Las probabilidades no deben ser tomadas en cuenta. Muchos están dispuestos a creer las cosas que a ellos les parecen probables. La fe no tiene nada que ver con las probabilidades. La esfera de la fe empieza donde terminan las probabilidades y la vista y el sentido común fracasan. Muchísimos hijos de Dios se deprimen y lamentan por su falta de fe. Me escriben y dicen que no tienen impresiones, ni sentimientos, ni ven ninguna probabilidad de que lo que desean se cumplirá. Las apariencias tampoco han de tenerse en cuenta. La cuestión es—si Dios lo ha dicho en su Palabra.

Y ahora, mis queridos amigos, es muy necesario que se pregunten si tienen la costumbre de confiar, en lo más profundo del alma, en lo que Dios ha dicho, y si en reali-

dad buscan averiguar si lo que quieren coincide con lo que él ha dicho en su Palabra.

Segundo: Cómo se puede aumentar la fe. Dios se complace en aumentar la fe de sus hijos. Nuestra fe, que es débil al principio, se desarrolla y fortalece más y más con el uso. Debemos, en lugar de no querer pruebas antes de la victoria, no querer nada de ejercicio para la paciencia, estar dispuestos a tomarlos de la mano de Dios como un recurso. Digo –y lo digo conscientemente– las pruebas, obstáculos, dificultades y a veces los fracasos, son el alimento de la fe. Recibo cartas de muchos queridos hijos de Dios que dicen: “Hermano Mueller: Le escribo porque soy débil en la fe.” Así como estamos dispuestos a pedir que nuestra fe sea fortalecida, tenemos que sentir la disposición de tomar de la mano de Dios el recurso para fortalecerla. Dios con amor permite las dificultades a fin de que desarrollemos sin cesar aquello que él está dispuesto a hacer por nosotros, y con este fin no debemos acobardarnos, pero si él nos da dolores y obstáculos y pérdidas y aflicciones, hemos de tomarlos de sus manos como evidencias de su amor y cuidado por nosotros a fin de desarrollar más y más esa fe que él quiere fortalecer en nosotros.

La iglesia de Dios no ha sido levantada para ver a Dios como el ser hermoso y amante que es y para sufrir una escasez de sus bendiciones. ¡Oh, queridos hermanos y hermanas en Cristo, procuren aprender ustedes mismos, porque yo no tengo palabras para expresar las bendiciones! En los momentos más oscuros puedo confiar en él, porque sé que es un Ser hermoso y generoso y cariñoso y, si es la voluntad de Dios ponernos en el horno, dejemos que lo haga, a fin de poder conocerle como quiera revelarse, y para conocerle mejor. Llegamos, pues, a la conclusión de que Dios es un Ser amante,

y estamos satisfechos con él, y decimos: “Es mi Padre, haga él lo que le plazca.”

Cuando por primera vez empecé a dejar que Dios tratara conmigo, confiando en él, tomándole la palabra, y proponiéndome cincuenta años atrás a depender sencillamente de él en lo que respecta a mí mismo, a mi familia, a los impuestos, a los gastos de viajes y en toda otra necesidad, descansaba simplemente en las promesas que se encuentran en el sexto capítulo de Mateo. Creía la Palabra, y descansaba en ella y la ponía en práctica. Le tomé la Palabra a Dios. Siendo un extraño, un extranjero en Inglaterra, sabía siete idiomas y podía quizá haberlos usado como un medio para obtener un empleo bien pagado, pero me consagré a trabajar para el Señor, y puse mi confianza en Dios quien ha prometido, y él ha actuado de acuerdo con su Palabra. No me ha faltado nada—nada. He tenido mis pruebas y dificultades, mi cartera ha estado vacía, pero mis recibos se han sumado. He recibido miles y miles de dólares, mientras la obra ha continuado estos cincuenta y un años. También, con respecto a mi obra pastoral; en los cincuenta y un años pasados he tenido grandes dificultades, grandes pruebas y desconciertos. Siempre habrá dificultades, siempre pruebas. Pero Dios me ha sostenido hasta superarlas, y la obra ha continuado.

Ahora bien, esto no se debe a que, como algunos han afirmado, soy un hombre de grandes poderes mentales, o porque estoy dotado de energía y perseverancia, éstas no son las razones. Es porque he confiado en Dios; porque he buscado a Dios, y él ha cuidado la Institución, la cual, bajo su dirección, tiene cien escuelas con maestros y maestras y otros departamentos que ya les he mencionado antes.

Yo no llevo la carga. Tengo ahora setenta y seis años, tengo fuerza física y vigor mental para tanto trabajo como cuando era un joven en la universidad estudiando y preparando discursos en latín. Tengo ahora tanto vigor

como en aquel entonces. ¿Cómo puede ser esto? Porque en este medio siglo de labor he podido, con la sencillez de un niño, depender de Dios. He tenido mis pruebas, pero me he aferrado a Dios, y de esta manera ha sucedido que él me ha sostenido. No es que sólo nos dé permiso, sino que nos ordena positivamente que echemos nuestras cargas sobre él. ¡Oh, hagámoslo! Mis queridos hermanos y hermanas en Cristo: “Echa sobre Jehová tu carga, y él te sustentará” (Sal. 55:22). Lo hago día tras día. Esta mañana, traje ante el Señor sesenta asuntos relacionados con la iglesia de la cual soy pastor, y eso es lo que hago día tras día, año tras año; diez años, treinta años, cuarenta años.

Pero no esperen obtener una fe total instantáneamente. Todas esas cosas como lanzarse a ejercer la fe por completo, son cosas que descarto. No creo en ello. No creo en ello, no creo en ello, y quiero que comprendan bien que no creo en ello. Todas esas cosas avanzan de una manera natural. Lo poco que he obtenido, no lo obtuve de una vez. Digo todo esto particularmente porque me llegan cartas llenas de preguntas de los que quieren que su fe sea fortalecida. Empiecen de nuevo, manteniendo su alma en la Palabra de Dios, y aumentarán su fe al ejercitarla.

Una cosa más. Algunos dicen: “Oh, yo nunca tendré el don de fe que tiene el Sr. Mueller”. Esto es un error—es un gran error—no contiene ni una partícula de verdad. Mi fe es del mismo tipo de fe que tienen todos los hijos de Dios. Es del mismo tipo de la que tenía Simón Pedro, y todos los cristianos pueden obtener una fe similar. Mi fe es la fe de ellos, aunque puede haber más de ella porque mi fe, por ejercitarla, se ha desarrollado un poco más que la de ellos; pero la fe de ellos es precisamente la fe que yo ejercito; únicamente en lo que respecta al gra-

do de ella, la mía puede estar más fuertemente ejercitada.

Ahora bien, mis queridos hermanos y hermanas, empiecen de a poquito. Al principio, yo podía confiar en que el Señor me daría \$10, luego \$100, luego \$1.000 y ahora, con la mayor facilidad, podría confiar en que me daría \$1.000.000 si se presentara la ocasión. Pero primero, debería yo silenciosa, cuidadosa, deliberadamente examinar y ver si lo que estoy teniendo fe que me dará, es algo que coincide con sus promesas en su Palabra escrita. Si descubro que lo es, la cantidad de dificultades no serían un obstáculo para mi fe.

¡Cincuenta y un años, y Dios nunca me ha fallado!
¡Confíen en él ustedes mismos y descubran qué fiel es a su Palabra!

Apéndice A: Cinco condiciones de la oración que prevalece

Estos tres apéndices son de "Answers to Prayer from George Mueller's Narratives" (Respuestas a oraciones de las narraciones de George Mueller), Moody Press, Chicago 10, Illinois.

1. Dependencia absoluta de los méritos y la mediación del Señor Jesucristo, como la única base de cualquier pedido de bendición. (Vea Juan 14:13, 14; 15:16, etc.)

2. Separación de todo pecado conocido. Si damos lugar a la iniquidad en nuestro corazón, el Señor no nos escuchará, porque eso sería sancionar el pecado. (Sal. 66:18)

3. Fe en la palabra de promesa de Dios confirmada por su juramento. No creerle es hacerle mentiroso tanto como perjurio. (Heb. 11:6; 6:13-20.)

4. Pedir de acuerdo con su voluntad. Nuestras motivaciones deben ser santas; no debemos buscar ninguna

dádiva de Dios para consumirla en nuestras lascivias (1 Juan 5:14; Santiago 4:3)

5. Importunidad en suplicar. Tiene que haber un esperar en Dios y un esperar a Dios, así como el agricultor tiene mucha paciencia para esperar la cosecha. (Santiago 5:7; Lucas 18:1-8.)

Apéndice B: La lectura cuidadosa y consecutiva de las Sagradas Escrituras

Acerca de este tema el Sr. Mueller dice:

Caí en la trampa en la que caen muchos nuevos creyentes, de leer libros religiosos en lugar de las Escrituras. Ya no podía leer novelas en francés y alemán, como antes, para alimentar mi mente carnal; pero todavía no las reemplazaba con el mejor de todos los libros. Leía tratados, hojas misioneras, sermones y biografías de personas consagradas. Este último tipo de libros me resultaba más provechoso que los otros, y si los hubiera seleccionado bien, o si no hubiera leído demasiados de estos escritos, o si alguno de ellos me hubiera impulsado particularmente a amar las Escrituras, me hubieran hecho mucho bien —en ninguna etapa de mi vida había adquirido el hábito de leer las Sagradas Escrituras. Antes de los quince años de edad, leía un poco de ellas en la escuela; después puse totalmente a un lado el preciado libro de Dios, de modo que, según recuerdo, nunca leía ni siquiera un capítulo, hasta que quiso Dios iniciar una obra de gracia en mi corazón. Ahora bien, la manera bíblica de razonar hubiera sido: Dios mismo ha condescendido a convertirse en un autor y yo ignoro ese preciado Libro que el Espíritu Santo ha causado que fuera escrito por sus siervos, y contiene aquello que debería saber, y el conocimiento que me guiará a la verdadera felicidad; por lo tanto, debería leer una y otra vez este preciadísimo Libro, este Libro de los libros, y hacerlo con toda dedicación, con espíritu de oración y con

mucha meditación; y en esta práctica debería continuar todos los días de mi vida. Porque yo percibía, aunque lo leía un poco, que casi no sabía nada de él. Pero en lugar de actuar en base a estos antecedentes, y ser motivado por mi ignorancia de la Palabra a estudiarla más, mi dificultad en comprenderla, y lo poco que la disfrutaba, me hizo descuidar su lectura (porque leer la Palabra en espíritu de oración, no brinda únicamente conocimiento, sino que aumenta la delicia que nos produce leerla); por lo tanto, como muchos creyentes, en la práctica prefería, durante los primeros cuatro años de mi vida espiritual, las obras de hombres no inspirados a los oráculos del Dios viviente. La consecuencia fue que seguí siendo un infante, tanto en conocimiento como en gracia. Digo en conocimiento, porque uno debe derivar del Espíritu el verdadero conocimiento de la Palabra. Y como yo descuidaba la Palabra, por casi cuatro años fui tan ignorante que no captaba claramente ni siquiera los puntos básicos de nuestra santa fe. Y, tristemente, esta falta de conocimiento me impidió andar firmemente en los caminos de Dios. Porque es la verdad que nos hace libres (Juan 8:31, 32), librándonos de la esclavitud de los deseos de la carne, los deseos de la vista y el orgullo en la vida. La Palabra lo comprueba; y lo comprueba también decididamente mi propia experiencia. Porque cuando agradó al Señor, en agosto de 1829, acercarme realmente a las Escrituras, mi vida y andar cambió mucho. Y aunque aun desde entonces no he llegado a ser todo lo que debería ser, la gracia de Dios me ha dado el poder para vivir más cerca de él que antes.

Si algún creyente lee esto, que en la práctica prefiere otros libros a las Sagradas Escrituras, y que disfruta los escritos de los hombres más que la Palabra de Dios, reciban una advertencia al considerar lo que yo perdí. Considero que este presente libro habrá sido el medio para hacer mucho bien, si el Señor, por medio de él, guía a algunos de los suyos a ya no descuidar las Sagradas Escri-

turas, sino a darles la preferencia que hasta ahora le han dado a los escritos de los hombres. Mi renuencia a aumentar la cantidad de libros hubiera sido suficiente para impedirme escribir estas páginas si no estuviera convencido de que es la única manera en que los hermanos en general se beneficiarán a través de mis equivocaciones y errores y, bajo la influencia de la esperanza de que en respuesta a mis oraciones, la lectura de mi experiencia pueda ser el medio para llevarlos a valorar más las Escrituras, y de hacerlas la regla de todas sus acciones...

Si alguien me preguntara cómo leer las Escrituras con el máximo de provecho, le aconsejaría que:

I. Ante todo, debe tener la convicción de que sólo Dios, por su Espíritu, le puede enseñar y que, por lo tanto, como le pedirá a Dios bendiciones, le conviene buscar las bendiciones de Dios antes de leer y también mientras lee.

II. Además, debe tener la convicción de que, aunque el Espíritu Santo es el mejor y suficiente maestro, no siempre enseña inmediatamente cuando lo deseamos y que, por lo tanto, es posible que tengamos que rogarle una y otra vez que nos dé la explicación de ciertos pasajes; y que de hecho, finalmente nos enseñará si estamos buscando iluminación en espíritu de oración, pacientemente y con una percepción de la gloria de Dios.

III. Para comprender la Palabra de Dios, es de inmensa importancia leerla organizadamente, de manera que leamos cada día una porción del Antiguo y una porción del Nuevo Testamento, continuando donde dejamos de leer el día anterior. Esto es importante porque: (1) Arroja luz sobre la relación de un pasaje con otro, y leerla en otro orden, eligiendo siempre los mismos capítulos en particular, hará imposible comprender mucho de las Escrituras. (2) Mientras estamos en el cuerpo, necesitamos un cambio aun en las cosas espirituales; y este cambio es lo que el Señor ha provisto generosamente en la

gran variedad que se encuentra en su Palabra. (3) Menoscaba la gloria de Dios dejar a un lado algunos capítulos aquí y allá, e indica que uno cree que ciertas porciones son mejores que otras; o que hay ciertas partes de la verdad revelada que no son provechosas o que son innecesarias. (4) Nos puede guardar, por la bendición de Dios, de conceptos erróneos, pues al leer de esta manera las Escrituras de tapa a tapa llegamos a captar el significado integral, y también nos impide poner demasiado énfasis en ciertos conceptos favoritos. (5) Las Escrituras contienen toda la voluntad revelada de Dios, y por lo tanto de cuando en cuando hemos de leer de principio a fin esa voluntad revelada. Me temo que hay muchos creyentes en la actualidad que nunca han leído las Escrituras en su totalidad, pero en pocos meses, leyendo sólo unos pocos capítulos todos los días podrían hacerlo.

IV. Es también de gran importancia meditar en lo que leemos, a fin de que quizá podamos meditar en el transcurso del día en una pequeña porción de lo que hemos leído o, si tenemos tiempo, meditar en el todo lo que leímos. O podríamos considerar todos los días una pequeña porción de un libro, o una epístola o un Evangelio a fin de meditar regularmente, pero sin esclavizarnos a este plan.

He descubierto que uno almacena en la cabeza los comentarios eruditos, con sus muchas nociones y frecuentemente también con la verdad de Dios; pero cuando el Espíritu enseña por medio de la oración y meditación, el corazón es afectado. El tipo de conocimiento adquirido de comentarios por lo general enorgullece, y muchas veces se renuncia a él cuando otro comentario da una opinión distinta, y con frecuencia uno descubre que no sirve para nada cuando trata de llevarlo a la práctica. El conocimiento que se adquiere del Espíritu por lo general humilla, produce gozo, nos acerca más a Dios y no puede rebatirse con facilidad.

Como ha sido obtenido de Dios y por lo tanto ha entrado a nuestro corazón, y se ha hecho carne en nosotros, por lo general lo llevamos a la práctica.

Apéndice C: Cómo determine la voluntad de Dios

1. PROCURO AL PRINCIPIO conseguir que mi corazón llegue a un estado tal que no tenga voluntad propia con respecto a un asunto dado.

El noventa por ciento del problema de la gente radica justamente en esto. El noventa por ciento de las dificultades se superan cuando nuestro corazón está preparado para hacer la voluntad del Señor, sea cual fuere. Cuando se encuentra realmente en este estado, por lo general está muy cerca del conocimiento con respecto a cuál es su voluntad.

2. HABIENDO LOGRADO ESTO, no dejo el resultado a los sentimientos producidos por una simple impresión. Si lo hago, me expongo a grandes desilusiones.

3. BUSCO LA VOLUNTAD del Espíritu de Dios, por medio de la Palabra de Dios o en relación con ella. Hay que combinar el Espíritu y la Palabra. Si dependo del Espíritu únicamente, sin la Palabra, también me expongo a grandes desilusiones. Si el Espíritu Santo ha de guiarnos, lo hará coincidiendo con las Escrituras, nunca contrariamente a ellas.

4. LUEGO TOMO en cuenta circunstancias providenciales. Éstas con frecuencia indican claramente la voluntad de Dios en relación con su Palabra y Espíritu.

5. LE PIDO A DIOS en oración que me revele bien su voluntad.

6. DE ESTE MODO, POR MEDIO DE LA ORACIÓN a Dios, el estudio de la Palabra y la reflexión, llego a una determinación consciente según mi habilidad y conoci-

miento y, si mi mente está en paz con esto, y sigue así después de dos o tres peticiones más, obro en consecuencia.

En los asuntos triviales, tanto como en las transacciones que involucran las cuestiones más importantes, he descubierto que este método es siempre efectivo.

